

EL TERRORISMO EN BURKINA FASO NO ES UNA CUESTIÓN RELIGIOSA

Cardenal Philippe OUÉDRAOGO, Fraternidad de Burkina Faso

Cardenal Philippe Ouédraogo, desde Seúl, en el Sahel: «El conflicto actual no es religioso. Es político, económico, identitario y geoestratégico».



Seúl, la capital coreana, acogió una reunión de la fundación pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada los días 10, 11 y 12 de julio de 2025. En esta ocasión, el cardenal Philippe Ouédraogo, uno de los principales oradores, pronunció un emotivo mensaje sobre la situación de seguridad en Burkina Faso y el Sahel: «No caigamos en la trampa: rechacemos el miedo, la confusión y el discurso divisivo. El conflicto actual no es religioso. Es político, económico, identitario y geoestratégico», advierte

el arzobispo emérito de Ouagadougou, quien pregunta: «¿Cómo explicar que circulen tantas armas en zonas con acceso limitado a alimentos y agua potable? ¿Quién hace la vista gorda? ¿Quién lo permite? ¿Quién se beneficia de ello?». Les ofrecemos el texto completo de su declaración sobre «La Iglesia en Burkina Faso, testigo de esperanza ante la persecución del extremismo islamista violento».

INTRODUCCIÓN

Eminencias, Excelencias, Honorables participantes del Simposio,

Damas y caballeros:

Ante todo, quisiera extender a nuestra augusta asamblea un cordial saludo desde África, desde Burkina Faso y, en particular, desde la Iglesia Familia de Dios de Uagadugú, de la que soy Arzobispo Emérito desde el 16 de diciembre de 2023. Permítanme extender un saludo especial a Su Eminencia el Cardenal Andrew Yeom Soo-jung, Arzobispo Emérito de Seúl. Creados Cardenales juntos el 22 de febrero de 2014 por el Papa Francisco, hemos mantenido una estrecha amistad. Junto con él, damos gracias a Dios por la fructífera cooperación misionera entre la Arquidiócesis de Seúl y la de Uagadugú.

Al Reverendo Padre John Pak y a todos los organizadores, les expreso mi sincera gratitud por la amable invitación a participar en el décimo aniversario de la organización de la Iglesia Necesitada en Corea.

"La Iglesia en Burkina Faso, testigo de esperanza ante la persecución del extremismo islamista violento" es el tema propuesto para mi charla. Les agradezco sinceramente su interés por el sufrimiento de nuestra humanidad, de nuestra casa común. Estoy entre ustedes para dar testimonio como hijo y pastor de una tierra devastada por el terrorismo violento en Burkina Faso, en el Sahel de África Occidental. He venido a llevar la voz de un pueblo sin voz, que sufre pero lucha por mantenerse en pie con dignidad y una paz verdadera.

Nuestra presentación explorará diversas perspectivas, entre ellas:

- 📖 La tragedia de la violencia terrorista en Burkina Faso
- 📖 La misión y el testimonio de la Iglesia Católica
- 📖 El desafío a la conciencia global

I. La tragedia de la violencia terrorista en Burkina Faso

Durante casi una década, Burkina Faso se ha convertido, sin quererlo, en escenario de una violencia multifacética, persistente, mortal y sistemática. Esta violencia se ha arraigado y se está propagando ciegamente entre la población. El país ha caído gradualmente en un ciclo de inestabilidad marcado por atentados mortales, secuestros, destrucción de infraestructuras estatales y privadas, desplazamientos masivos de población, sin mencionar sucesivos golpes militares. Varias regiones del país se han visto afectadas.

Las cifras son alarmantes. Según datos de ACNUR, OCHA e informes cruzados de ONG nacionales e internacionales en 2024:

- Más de 8.000 personas murieron en ataques selectivos, enfrentamientos armados o el asesinato de civiles inocentes. Esto no incluye a los desaparecidos, los heridos ni a las personas con discapacidad física y psicológica.
- Hasta la fecha, se han registrado más de 2,2 millones de desplazados internos, la mayoría de los cuales son mujeres, niños y ancianos. Familias enteras viven en condiciones precarias en campamentos improvisados, sin acceso estable a agua, alimentos, educación ni atención médica básica.
- Hay más de 35.000 refugiados burkineses que han huido a países vecinos (Togo, Ghana, Benín y Costa de Marfil), enfrentando una grave inseguridad alimentaria. – Cerca de 6.000 escuelas han cerrado, privando a más de un millón de niños de su derecho fundamental a la educación. Una generación entera está siendo sacrificada. Cientos de centros de salud han sido destruidos o cerrados. La cobertura sanitaria se está desmoronando. La desnutrición infantil se dispara. El acceso a la atención psicológica es prácticamente inexistente.

Cientos de miles de hectáreas de tierras de cultivo han sido abandonadas. El tejido económico local se está desintegrando. Mercados, graneros y carreteras están siendo controlados o minados.

Esta tragedia se extiende más allá de las fronteras de Burkina Faso. Forma parte de una dinámica saheliana, incluso regional y global. Desafía a África y a la humanidad. Por ejemplo, Malí, Níger y Burkina Faso, ante la tragedia del terrorismo, han formado la Confederación de Estados del Sahel. Lo que estos países experimentan hoy es el resultado del desorden global, una acumulación de debilidades ignoradas, silencios cómplices y, a veces, una geopolítica cínica. Esta ya no es una crisis aislada. Es una crisis existencial. Una crisis de civilización. Y exige una respuesta humana, espiritual, institucional y moral acorde con la tragedia que viven las poblaciones. En esta perspectiva, el Papa Francisco, en su encíclica *Fratelli Tutti*, nos interpela claramente:

“El sufrimiento de un pueblo no es un asunto lejano. Es una llamada a redescubrir la conciencia de que somos una comunidad global.” (Fratelli Tutti, §25).

II. Violencia sin fronteras religiosas

Ante esta trágica realidad, muchos, desde lejos, buscan una explicación simplista: la de un conflicto religioso entre cristianos y musulmanes. Sin embargo, al observar con más atención, al escuchar a las poblaciones afectadas, al examinar los relatos de supervivientes, autoridades tradicionales, pastores e imanes, emerge otro panorama mucho más complejo.

Es cierto que se han producido ataques contra iglesias. Es cierto que sacerdotes, catequistas y fieles cristianos han sido asesinados durante celebraciones litúrgicas o a causa de su fe. Es cierto que comunidades cristianas enteras se han visto obligadas a huir, y que templos e iglesias han sido incendiados, profanados o clausurados.

Pero es igualmente cierto que:

- Mezquitas han sido atacadas, algunas durante las oraciones del viernes. Se han ejecutado imanes por predicar una versión moderada y pacífica del islam.

Se han cerrado o destruido escuelas coránicas.

Aldeas de mayoría musulmana han sido atacadas indiscriminadamente.

En realidad, todas las comunidades se ven afectadas. Todas las confesiones religiosas están de luto. La religión está siendo explotada con fines de poder, control y terror.

Hay que decirlo claramente: los grupos armados violentos no tienen religión. Tienen una ideología. Y esta ideología no tiene otro objetivo que sembrar la división, enfrenar a las comunidades entre sí y romper la solidaridad tradicional que une al pueblo burkinés más allá de la afiliación religiosa. Se basan en la ignorancia, en heridas mal curadas, en frustraciones acumuladas, para enfrenar a las personas entre sí. Sin embargo, Burkina Faso tiene una larga tradición de coexistencia religiosa pacífica. Este tejido social está siendo atacado hoy precisamente porque es un baluarte contra el extremismo. Al destruir lugares de culto, estigmatizar grupos y sembrar el miedo, los grupos extremistas buscan destruir no solo vidas humanas, sino también un modelo social, un patrimonio común de fraternidad.

No caigamos en esta trampa: rechacemos el miedo, la confusión y la retórica divisiva.

El conflicto actual no es religioso. Es político, económico, identitario y geoestratégico. Se disfraza de religión para legitimarse, pero en realidad la traiciona. Y en medio de esta tormenta, la Iglesia de Burkina Faso sigue proclamando alto y claro: «Estamos llamados a la unidad, la paz y el amor mutuo».

Por eso debemos ser perspicaces, valientes y estar profundamente arraigados en nuestra fe para evitar caer en la trampa de la división. Porque una comunidad dividida es una comunidad debilitada:

«Si una casa está dividida contra sí misma, esa casa no podrá subsistir» (Marcos 3:25).

En este espíritu, el Santo Padre recordó en la Declaración de Abu Dabi (2019):

"El terrorismo no se debe a la religión ni a las convicciones religiosas, sino a una interpretación errónea de los textos sagrados y a políticas injustas".

No es la religión la que mata. Son las ideologías de odio. Y nuestra responsabilidad es desenmascararlas.

III. Una serpiente con cabezas invisibles: ¿Quién mata? ¿Quién manipula? ¿Quién se beneficia?

Uno de los dolores más profundos del pueblo burkinés hoy reside en esta persistente pregunta, que se repite en pueblos, campos de desplazados, iglesias, mezquitas y mercados: "¿Quién nos mata? ¿Y por qué?".

Pues los ataques suelen ser perpetrados por hombres encapuchados, armados con fusiles modernos, que viajan en motocicletas o camionetas. No siempre afirman pertenecer a un grupo conocido. No transmiten un mensaje político claro ni exigencias estructuradas. A veces se presentan como justicieros. A veces como figuras religiosas. A veces como vengadores. Pero muy a menudo, no dicen nada. Matan. Y desaparecen.

Esta falta de identidad asumida alimenta un miedo sordo. Debilita la confianza comunitaria. Crea sospechas mutuas. Impulsa a pueblos enteros a desconfiar de sus vecinos, a sospechar de su propia juventud, a dudar del imán local, del líder vecinal, del catequista, del comerciante de otro lugar.

Esta vaguedad se mantiene hábilmente. Forma parte de una estrategia de caos. Un caos que no es espontáneo, sino planificado, alimentado, abastecido y coordinado.

¿Quiénes son los verdaderos instigadores de esta violencia? ¿Quién arma a estos grupos? ¿Quién los financia? ¿Quién les proporciona munición, información y tecnología? ¿De dónde provienen estas armas sofisticadas, que no existen en los mercados locales? ¿Por qué la circulación de Kalashnikovs y artefactos explosivos supera la de suministros de ayuda o alimentos? ¿Quién controla las carreteras? ¿Quién controla los flujos? ¿Quién alimenta los conflictos intercomunitarios? ¿Quién se beneficia de este desorden? La realidad es que este conflicto no es solo interno. También se alimenta de problemas transnacionales. Intereses económicos ocultos. Fría lógica geopolítica. Redes de tráfico de oro, armas, drogas y personas, todas las cuales explotan el vacío de seguridad para prosperar.

Algunas de las zonas atacadas coinciden curiosamente con zonas mineras. Algunas de las rutas atacadas son estratégicas para el transporte de recursos. Algunas poblaciones desplazadas liberan espacios cuyo valor económico no es insignificante. El caos aquí se convierte en una oportunidad, una estrategia de desplazamiento forzado, una forma de allanar el camino para proyectos no reconocidos.

Y mientras tanto, la gente sufre, muere, desaparece.

La violencia que azota Burkina Faso tiene, por lo tanto, múltiples rostros, pero un único propósito: controlar, dominar y explotar. Los rostros visibles sobre el terreno quizá solo sean los ejecutores. Tras ellos se encuentran los cerebros, los donantes, los estrategas. Hablan en otros idiomas, firman en otras oficinas y cambian con otras monedas.

Por eso es esencial rechazar las interpretaciones simplistas. Denunciar la complicidad silenciosa. Y desafiar a las instituciones internacionales, los Estados, las multinacionales, las redes religiosas o económicas que, directa o indirectamente, permiten que esto suceda, o incluso participan.

El enemigo no es una aldea. No es una religión. No es un grupo étnico. El enemigo es este mecanismo de deshumanización que transforma el sufrimiento de los pobres en ganancias para los poderosos. Y este mecanismo debe ser detenido.

Tenemos el deber de denunciarlo, la valentía de nombrarlo y la fe para derrotarlo. Por lo tanto, estamos llamados a discernir. A ir más allá de las apariencias. No contentarse con nombrar a los perpetradores visibles, sino revelar las estructuras invisibles del mal. Porque esta lucha va más allá de los rostros humanos. Afecta las profundas fuerzas del desorden y la dominación:

"No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de este mundo de tinieblas..." (Efesios 6:12)

IV. Burkina Faso: Un legado de convivencia para proteger

Burkina Faso no es solo una entidad geográfica en el corazón de África Occidental. Es un recuerdo vivo, una encrucijada de la humanidad, un crisol donde lenguas, costumbres, creencias y linajes se han entrelazado a lo largo de los siglos. Mucho antes de la independencia en 1960, los pueblos de esta tierra aprendieron a hacer de sus diferencias un activo, no una amenaza. En la nación burkinesa, la diversidad nunca ha sido sinónimo de fragmentación. Las comunidades han crecido juntas: se estima que los musulmanes representan el 60%, los católicos el 20%, los seguidores de la religión tradicional el 15% y las denominaciones protestantes el 5%. Todos comparten el mismo espacio vital, el agua de los mismos pozos, la risa de los mismos niños, el dolor de las mismas pruebas... La convivencia nunca ha sido una construcción ideológica: nace de la vida cotidiana, de las costumbres, de la sabiduría de los mayores.

Y aquí es donde muchos de los arquitectos del caos se han equivocado. Este país se asienta sobre una base de una profundidad insospechada: pactos de parentesco, alianzas de linaje, lazos entre clanes, solidaridad entre familias de diferentes tradiciones. Aquí, un primo bromista puede pertenecer a una etnia diferente, pero se le trata con el mismo respeto sagrado. Aquí, un yerno es recibido como un hijo, independientemente de su fe. Aquí, las alianzas entre familias de diferentes credos son comunes, respetadas y vividas como puentes de unidad.

Los lazos de sangre, parentesco y alianza son más fuertes que el discurso de odio. Están más arraigados que las ideologías importadas, más tenaces que las manipulaciones divisivas. Constituyen un baluarte silencioso pero eficaz contra quienes sueñan con enfrentar a los burkineses entre sí. Porque lo que Dios ha sembrado en los corazones a

través de los hilos de la historia, ninguna mano destructora puede arrancarlo para siempre.

Sin embargo, esta fortaleza ahora se está poniendo a prueba. Las armas, el miedo y la desinformación buscan resquebrajar la estructura de la convivencia. Voces, a veces ajenas a las realidades locales, se esfuerzan por sembrar la duda, la desconfianza y el miedo a los demás. La convivencia es un objetivo, no directo, sino insidioso.

Y, sin embargo, el pueblo burkinés se mantiene firme. Se mantiene firme gracias a iniciativas ciudadanas, interreligiosas e interculturales. Se mantiene firme gracias a líderes religiosos y tradicionales que predicán la paz. Se mantiene firme gracias a asociaciones juveniles, líderes intelectuales y periodistas católicos y musulmanes que, juntos, lideran iniciativas de diálogo, formación y sensibilización. Se mantiene firme gracias a proyectos transfronterizos que reconectan a los pueblos, más allá de sus miedos.

➤ Este preciado patrimonio cultural no es una ilusión. Es una realidad histórica, cultural y espiritual. Y debe protegerse como se protege una frágil llama en el viento. Es también un llamamiento evangélico:

"En la medida de lo posible y en la medida en que dependa de vosotros, vivid en paz con todos los hombres". (Romanos 12:18)

El Concilio Vaticano II nos enseñó esto con contundencia en la declaración *Nostra Aetate*:

"La Iglesia católica no rechaza nada de lo que hay de verdadero y santo en las religiones. [...] Exhorta a sus hijos a reconocer, preservar y promover los bienes espirituales y morales." (§2)

Esta convivencia, arraigada en la historia y bendecida por el Evangelio, es la base para reconstruir la paz. Una paz auténtica, fundada en la dignidad humana, la memoria común y la fidelidad al mensaje de Cristo: amar, comprender, dialogar y levantar juntos este mundo tambaleante.

V. Marcos de Diálogo, Puentes Comunitarios, Iniciativas Religiosas y Sociales

En este contexto de amenazas multifacéticas y fragmentación social, resulta alentador, e incluso esencial, destacar los numerosos esfuerzos realizados por actores religiosos, sociales, comunitarios e institucionales para preservar la unidad nacional, fortalecer la resiliencia colectiva y mantener canales para el diálogo interreligioso, intercultural e intergeneracional.

Burkina Faso no solo soporta la violencia. La resiste. Responde con la sabiduría de sus tradiciones, la vitalidad de su juventud y el compromiso de sus comunidades espirituales. En todo el país, surgen iniciativas para reconstruir los puentes destruidos, reavivar la confianza y crear espacios para el diálogo compartido.

Entre estas iniciativas, cabe destacar varios Marcos de Diálogo Interreligioso para la Paz. Estos marcos reúnen a representantes de todas las principales denominaciones religiosas del país —islam, cristianismo católico y protestante, y religiones tradicionales— en un proceso continuo de diálogo, análisis compartido de los desafíos y propuestas conjuntas para fortalecer la paz social. Estos marcos participan en la mediación local y la sensibilización comunitaria, y generan mensajes conjuntos para reducir tensiones.

Junto a estas plataformas institucionales, las comunidades locales llevan a cabo acciones concretas, a menudo silenciosas:

– Numerosas asociaciones trabajan por la paz y la cohesión social: la Liga Islámica para la Paz (Ouagadougou), la Unión Fraternelle des Croyants (Dori); la Asociación Protestante para el Diálogo Interreligioso (Ouagadougou); y la Fundación Católica Duc In Altum (Ouagadougou).

– Cada año, las diócesis organizan campamentos juveniles interreligiosos, en colaboración con líderes musulmanes. Estos espacios promueven el descubrimiento mutuo, la ruptura de estereotipos y la creación de vínculos duraderos entre jóvenes de diferentes confesiones.

– Se han llevado a cabo sesiones piloto de diálogo entre las fuerzas de seguridad y jóvenes líderes comunitarios en varias regiones, lo que contribuye a restablecer un clima de confianza y a prevenir confusiones peligrosas. – Se organizan actividades deportivas, clubes de lectura, teatros comunitarios y formación ciudadana en espacios neutrales, acogiendo a niños, adolescentes, mujeres y hombres sin distinción en torno a valores compartidos.

– Los movimientos de acción católica, en particular la JEC (Jeunesse Étudiante Catholique), los scouts, los coros y los grupos de oración, no se quedan atrás. Tanto en zonas urbanas como rurales, organizan:

– jornadas de apoyo comunitario,

– operaciones de saneamiento interreligiosas,

– campañas de concienciación sobre la paz y la cohesión social,

– visitas a desplazados internos sin discriminación religiosa ni étnica. Intelectuales, periodistas, docentes, abogados y artistas católicos también trabajan para contrarrestar el discurso de odio, popularizar los derechos fundamentales, compartir experiencias positivas de convivencia y documentar historias de fraternidad vivida. Sus intervenciones, a menudo difundidas por medios de comunicación religiosos y tradicionales, contribuyen a la formación de una conciencia colectiva resiliente. En ciertas zonas transfronterizas, en particular en las regiones oriental y del Sahel, las reuniones comunitarias han reunido a representantes de varios países vecinos (Níger, Ghana, Togo, Costa de Marfil) para abordar cuestiones comunes: la gestión de los recursos compartidos, la seguridad humana, el pastoreo transfronterizo y la lucha contra la desinformación. Estos encuentros permiten establecer una diplomacia de base, forjar alianzas comunitarias y frenar los intentos de explotar las afiliaciones nacionales, étnicas o religiosas.

Todos estos esfuerzos, aunque a veces discretos, contribuyen a mantener viva la llama de la paz. Demuestran que, a pesar de los intentos de división, el tejido social burkinés sigue vivo, capaz de regenerarse, de mostrar solidaridad y de inventar nuevas formas de convivencia.

También constituyen una lección para África y para el mundo: la paz no es solo una palabra. Es un don de Dios y fruto del esfuerzo humano. Y el Papa Francisco afirma sin ambigüedades:

"Existe una arquitectura de paz en la que intervienen las diversas instituciones de la sociedad, cada una en su lugar." (Fratelli Tutti, §284)

El constructor de paz no es un héroe espectacular, sino un constructor paciente, un sembrador de humanidad.

VI. La Iglesia, perseguida pero fiel: Misión y testimonio

En este contexto de violencia, inseguridad generalizada, desplazamientos masivos y miedo crónico, la Iglesia en Burkina Faso no ha desertado. No ha renunciado a su misión evangelizadora. No ha optado por el silencio ni la huida. Al contrario, ha echado raíces, se ha adaptado y se ha comprometido aún más, incluso arriesgando su propia existencia. Sí, sacerdotes han sido secuestrados y asesinados, catequistas y fieles asesinados, iglesias cerradas, capillas incendiadas, lugares de oración desiertos. Pero la Iglesia permanece allí, presente, sirviendo, viva, orando, sufriendo y profundamente solidaria con el pueblo.

Tanto en parroquias rurales como en las afueras de las grandes ciudades, las comunidades cristianas siguen reuniéndose, a veces al aire libre, a veces discretamente, a veces bajo amenaza. Pero rezan, cantan y comparten. Interceden por la paz. Al final de cada celebración eucarística, se reza una oración por la paz.

Las monjas siguen enseñando, cuidando y escuchando. Acogen a mujeres desplazadas, acompañan a niños traumatizados y preparan comidas colectivas en escuelas improvisadas. Su sola presencia es un testimonio. Su serenidad es una fortaleza. Su compromiso es un bálsamo para las comunidades afectadas. Los movimientos de acción católica, los grupos juveniles de AJEC, los scouts y los grupos de oración organizan colectas de alimentos, actividades de acogida y grupos de debate para personas desplazadas. Rezan con los musulmanes. Se acercan a los no creyentes. Restablecen la solidaridad en un momento en que todo parece derrumbarse.

La Iglesia no juega un papel externo. Está dentro del pueblo. Ella experimenta su dolor. Habla su idioma. Conoce sus heridas. Comparte su pan. Sostiene la mano de las viudas. Entierra a los mártires. Bendice a los niños. Prepara los funerales con dignidad. Mantiene la fe como se mantiene encendida una llama en la oscuridad más profunda.

➤ En la noche del caos, la Iglesia, Familia de Dios de Burkina Faso, no abandonó su puesto. No huyó del fuego. Permanece como centinela alerta, humilde y firme, fiel a la llamada de Cristo. Incluso perseguida, permanece de pie y unida: «Las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias del hombre de hoy [...] son también las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo» (Gaudium et Spes, §1).

VII. Un poderoso llamado a la conciencia global

Lo que ocurre hoy en Burkina Faso no solo concierne a Burkina Faso. Esta tragedia trasciende fronteras. Interpela a la humanidad. Cuestiona el sentido mismo de nuestra fraternidad global. Y exige que todos —instituciones, gobiernos, pueblos, religiones, medios de comunicación— adoptemos una postura clara: ¿Seguiremos haciendo la vista gorda o asumiremos finalmente nuestra parte de responsabilidad?

Las instituciones internacionales se crearon tras grandes guerras para proteger a las personas de la violencia excesiva, de la lógica de la aniquilación, de los genocidios silenciosos. Las Naciones Unidas, la Unión Africana, los tribunales internacionales de justicia, las agencias humanitarias... ¿Qué hacen hoy ante la agonía de millones de personas en el Sahel?

¿Cómo explicar la circulación de tantas armas en zonas donde el acceso a alimentos y agua potable es limitado? ¿Cómo entender que se puedan distribuir drones, minas improvisadas y armas automáticas de alta precisión mientras los hospitales carecen de medicamentos? ¿Quién hace la vista gorda? ¿Quién lo permite? ¿Quién se beneficia? Y los Estados poderosos, que poseen la tecnología, la inteligencia, los satélites, las redes diplomáticas, ¿qué dicen? ¿Dónde están los llamamientos al respeto del derecho humanitario? ¿Dónde están las condenas claras y las decisiones valientes? ¿Por qué algunos países son eternamente olvidados en las emergencias globales?

Y las multinacionales que invierten en minas, que firman acuerdos entre bastidores, que a veces se benefician de los efectos de la guerra, ¿están listas para desafiar un modelo de lucro que se basa en el colapso de los pueblos?

Y nosotros mismos, ciudadanos del mundo, hombres y mujeres de buena voluntad, ¿tenemos la conciencia tranquila? ¿Podemos dormir tranquilos sabiendo que niños son sacrificados por intereses invisibles? ¿Que las mujeres viven con miedo cada noche? ¿Que comunidades enteras son borradas del mapa? No es una exageración. Es una realidad cotidiana. Un crimen colectivo causado por la indiferencia y la inacción.

Es hora de actuar, de romper el silencio, de ir más allá de los comunicados diplomáticos, de transformar las resoluciones en compromisos concretos. Es hora de presionar para garantizar que las carreteras sean seguras, que las personas desplazadas estén protegidas, que los responsables sean identificados y que los recursos del Sahel beneficien a su población.

Ya es hora de que la conciencia mundial despierte, de que las religiones se unan en una declaración común, de que la gente exprese su indignación, de que las instituciones respondan y de que las corporaciones multinacionales adopten una ética de responsabilidad.

El silencio, en este contexto, no es neutral. Es cómplice. Y las generaciones futuras preguntarán: "¿Qué hacías cuando África ardía?". Y todos tendrán que responder.

Hoy, en nombre de la fe, en nombre de la vida, en nombre de la dignidad humana, decimos: ¡ya basta! La sangre de los inocentes ya no puede irrigar la economía global. El silencio de los poderosos ya no puede ahogar el llanto de los pobres. Y la indiferencia ya no puede ser la respuesta al sufrimiento.

Este es un llamado. Es un desafío. Es una responsabilidad. Ya no se trata simplemente de dar la alarma. Debemos despertar conciencias, exigir justicia y denunciar los silencios que matan. Esto es tanto un mandato bíblico como un deber moral:

"Aprendan a hacer el bien, busquen la justicia, sostengan al oprimido, defiendan al huérfano y aboguen por la viuda" (Isaías 1:17).

El desafío que lanzamos aquí no busca la controversia. Busca la verdad. Y espera respuestas dignas de la conciencia humana.

Conclusión: La esperanza como acto profético

Ante el extremismo violento que devasta vidas, pueblos, recuerdos y esperanzas, algunos podrían verse tentados a concluir que todo está perdido, que la sombra es demasiado grande, que la noche es demasiado profunda, que la humanidad se derrumba.

Pero esta no es nuestra lectura. No es nuestra fe, nuestro sueño ni nuestra esperanza.

Creemos profundamente que la historia no termina ahí. Que lo que parece una derrota puede convertirse en fuente de renacimiento. Que incluso al pie de la cruz, la resurrección es posible. La esperanza, para nosotros, no es ingenuidad. Es un acto profético. Es un acto de resistencia espiritual. Es una postura ante lo absurdo, una afirmación radical de la vida frente a la cultura de la muerte. No se trata de esperar a que todo mejore. Se trata de actuar para que algo bello sobreviva, incluso en medio de la agitación. Significa elegir la fidelidad a Dios, a la humanidad, a la dignidad, donde todo parece empujarnos al abandono. Y la Iglesia, en este contexto, tiene más que un simple papel moral. Tiene una misión existencial y profética: mantenerse firme cuando todo se derrumba, predicar la paz cuando la guerra se avecina, proclamar la luz cuando la oscuridad se agudiza, creer en la humanidad, incluso cuando la humanidad está perdida.

Por eso concluyo con esta certeza: el caos no tendrá la última palabra. La mentira no triunfará sobre la verdad. El odio no vencerá al amor. Y la sangre derramada por los inocentes se convertirá en la semilla de un futuro mejor, si tenemos la valentía de no olvidar, de no rendirnos, de seguir soñando, de amar juntos.

Que cada hombre, cada mujer, cada institución aquí presente escuche este llamado. No como una acusación, sino como una misión. Burkina Faso sangra, pero espera. El Sahel tiembla, pero reza. África sufre, pero resiste.

Y el Papa Benedicto XVI nos recuerda en su encíclica Spe Salvi:

«La esperanza cristiana nunca es individual. Siempre es también esperanza para los demás». (§35)

Gracias a todos por su atención y su compromiso. Que soñemos juntos y trabajemos constantemente por la construcción de un mundo mejor.

Que la oración de María, Reina de la Paz, cuyo corazón siempre está orientado hacia la voluntad de Dios, consolide y fortalezca todos los esfuerzos por la reconciliación, la justicia y la paz. (Cf. Mt 5,6).

+ Cardenal Philippe OUEDRAOGO

Arzobispo Emérito de Ouagadougou

BURKINA FASO

